

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El maná, alimento celestial despreciado

(Leer Números 11)

“Los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (Números 11:4-6).

En esta escena el corazón humano queda al descubierto. Sus gustos y tendencias se hacen manifiestos. El pueblo de Dios suspiraba por la tierra de Egipto y codiciaba sus frutos y guisados de carne. No decían nada de los latigazos que allí recibieron, ni de la fatiga en los hornos de ladrillos. Sólo recordaban los recursos con los cuales Egipto había satisfecho sus gustos.

¡Cuán a menudo sucede lo mismo con nosotros! Cuando el corazón pierde el frescor que le proporciona la vida divina, las cosas celestiales empiezan a perder su sabor. Cuando mengua el primer amor, cuando Cristo ya no es una porción preciosa y satisfactoria para el alma, la Palabra de Dios y la oración pierden su encanto y se convierten en un deber fastidioso. Entonces las miradas se dirigen hacia el mundo, luego el corazón sigue a las miradas, y al fin los pies siguen al corazón. En tales momentos olvidamos lo

que el mundo fue para nosotros. Olvidamos las fatigas, la miseria y la degradación que sufrimos cuando estábamos en la esclavitud del pecado y de Satanás.

Todo esto es muy triste y debería conducir al alma al más profundo juicio de sí misma. Es espantoso el estado de los que, después de haber comenzado a seguir al Señor, se cansan del camino y de la gracia de Dios. ¡Cuán terriblemente debieron resonar en los oídos del Señor las palabras: “Y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (v. 6). ¿Qué les faltaba a los hijos de Israel? ¿Ese alimento celestial no era suficiente? ¿No podían vivir de lo que la mano de su Dios les proporcionaba?

Y para nosotros ¿es suficiente nuestro maná celestial? ¿Preguntamos a veces qué bien o qué mal hay en tal actividad, en tal placer del mundo? ¿Se oyen de nuestra boca palabras como éstas: «¿Qué vamos a hacer todo el día? No podemos estar pensando siempre en Cristo y en las cosas del cielo; necesitamos divertirnos un poco». Ese lenguaje recuerda el de Israel en este capítulo, pues demuestra que Cristo no basta a nuestros corazones. Cuán a menudo descuidamos nuestra Biblia para leer cualquier cosa.

Nos alarma el peligro que corre el cristiano de caer en el mismo pecado que cayó Israel. Según se nos recuerda en este capítulo, no hay duda de que todos estamos expuestos a ese mismo peligro, pero muy especialmente los jóvenes. Los que a través de los años hemos adquirido más experiencia en la vida estamos menos expuestos a ser arrastrados por los frívolos empeños del mundo. Pero el joven quiere tener un poco del mundo. Quiere probarlo por sí mismo. No siente que Cristo sea enteramente suficiente para su corazón. Necesita entretenimiento.

«Tenemos una mala naturaleza», se nos replicará. Pues bien, pero ¿vamos a alimentarla? ¿Para eso deseamos las diversiones? ¿Hemos de ayudar a nuestra miserable carne, a nuestra corrompida naturaleza a pasar el día? No, de ningún modo; somos exhortados a acallarla, a mortificarla, a considerarla como muerta. Tal es la diversión del cristiano, el modo en que el santo es llamado a emplear el día. ¿Cómo podremos crecer en la vida divina si sólo nos preocupamos por conseguir provisiones para la carne? Las viandas de Egipto no pueden alimentar la nueva naturaleza. Ahora bien, la gran cuestión que debemos plantear es: ¿Cuál es realmente la naturaleza que pretendemos alimentar y fomentar: la nueva o la vieja? Es obvio que la nueva naturaleza no puede nutrirse con los periódicos, (*y qué decir de lo corrompido de internet, fotos, videos, etc.*); de ahí que si nos dedicamos a esto, nuestras almas se marchitarán y desfallecerán.

Que Dios nos ayude a pensar seriamente en estas cosas. Que podamos andar en el Espíritu de tal modo que Cristo sea siempre la satisfacción de nuestros corazones. Si Israel en el desierto hubiese andado con Dios, jamás hubiese dicho: “Y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos”. Ese maná hubiese sido más que suficiente para ellos. Así sucede con nosotros. Si realmente andamos con Dios en el desierto de este mundo, nuestras almas se contentarán con la parte que Él les conceda, y esta parte es un Cristo celestial. Jesucristo satisface el corazón de Dios; llena todos los cielos con su gloria, es el continuo tema del canto de los ángeles y el supremo objeto de su adoración. ¿Podrá dejar de satisfacernos?

Este muy Amado, en el profundo misterio de su Persona, según la gloria moral de sus caminos, el resplandor y la belleza de su carácter, ¿no basta a nuestros corazones?

¿Acaso tenemos necesidad de algo más? ¿Necesitamos diversiones ligeras para colmar el vacío de nuestras almas? ¿Vamos a volver la espalda a Cristo por las diversiones, por los estudios, por un trabajo?

¡Ay, qué triste es tener que escribir esto! Sí, muy triste, pero muy necesario; y aquí pregunto más formalmente al lector: ¿De veras halla insuficiente a Cristo para satisfacer plenamente su corazón? ¿Tiene necesidades que Él no pueda satisfacer plenamente? Si así es, usted está en un estado de alma alarmante; le conviene examinar este grave asunto con todo detenimiento. Incline su rostro ante Dios y júzguese objetivamente. Derrame su corazón ante él y dígame todo. Confiésele hasta qué punto ha caído y se ha extraviado, ya que el Hijo de Dios no le basta. Confíese todo a Dios y no descance hasta no estar plena y gozosamente devuelto a la comunión de corazón con él en lo referente al Hijo de su amor.

C. H. M.

(Adaptado de “Estudios sobre el libro de los Números”)

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).